

de los ángeles: Santo, le decimos, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Y añadimos, sin podernos casi detener: Bendecimos, amamos, adoramos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, sin dividir la sustancia: porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; más la divinidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo es una; igual la gloria, coeterna la majestad. Cual es el Padre, es el Hijo, y es el Espíritu Santo. Incriado el Padre, incriado el Hijo, incriado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y con todo, no son tres eternos, sino un Eterno; ni tres incriados, ni tres inmensos; sino un incriado y un inmenso. Así también, es omnipotente el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un Omnipotente. Dios es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Señor es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor. En esta Trinidad nada hay antes ni después, nada mayor ó menor: las tres personas son coeternas, y entre Sí perfectamente iguales. (1)

Los divinos atributos del Señor han pasado delante de nosotros despidiendo ráfagas de apacible y hermosa claridad; brillando igualmente y con la misma luz en las tres divinas personas. Por lo mismo, ¿cómo no postrarnos á semejanza de Moises, ó por qué no cubrir

(1) Símbolo de S. Atanasio.

como Elías, la frente de respeto, para adorar en cada una de esas divinas personas á un mismo y solo Dios? (1)

Es, pues, admirable y digna de nuestra más humilde adoración, la igualdad de las divinas personas; y un motivo de la más santa y dulce alegría para nosotros, el ver cómo la divina Esencia, una é indivisible, y simplísima se comunica por el Padre á su Divino Hijo, y por el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo; teniendo así esas tres Personas, la misma grandeza, el mismo poder, y una misma gloria; por lo cual, á ese Rey de los siglos inmortal é invisible, al solo y único Dios, uno en la esencia, trino en las personas, es debida y se ha de dar toda la honra y la gloria por siempre jamás. Amen. (2)

CAPÍTULO V.

§ I.

LA SANTA Y ADORABLE TRINIDAD.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Hemos hablado del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; mas ¿cuál es el origen de estas divinas Personas? El Padre siendo como es, la fuente, el principio, de la divinidad, tesoro de vida y de inteligencia, [3] no procede de nadie; mas el Hijo procede del Padre; y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. Este origen es lo que la teología llama procesion. (4)

Sabemos que en Dios hay procesiones; y por esto

(1) Exod. XXXIX. 8-III. Reg. XIX. 13. (2) I. Tim. 17. (3) D. Athan. Epist. De Synod. n. 41, 42. (4) Billuart, Cerboni.

nos dice el Divino Salvador en el Evangelio: Yo salí de Dios. Yo conozco al Padre, porque de Él tengo el Sér. Así como el Padre tiene en Sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en Sí mismo. Y con ésta la doctrina, y el poder: Mi doctrina, dijo Jesús, no es mía, es de Aquél que me ha enviado. Todas las cosas las ha puesto mi Padre, en mis manos. (1)

También hallamos respecto del Espíritu Santo, lo siguiente: Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. [2]

Esta es la fe que profesamos en el Símbolo Niceno, donde decimos: Creo en Jesucristo, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero..... Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo.

No podríamos negar á la naturaleza divina, la fecundidad, pues esta es una perfección que le corresponde. ¿Por ventura, Yo que doy á los otros la fecundidad, dice el Señor, no seré fecundo? (3)

Las Divinas Personas son realmente distintas; mas esta distinción no se funda sino en el origen y procesión de una de la otra, ó de dos; y en la oposición relativa fundada asimismo en el origen de que hablamos; siendo todo en Dios una misma cosa donde no existe aquella oposición. (4) Explicamos esto mismo con más claridad: Dos cosas podemos distinguir con la mente, en las divinas personas: la sustancia y la rela-

(1) Joann. VIII. 42.-VII. 29.-V. 26.-VII. 16.-Matth. XI. 27.
(2) Joann. XV. 26. [3] Isa. LXVI. 9. [4] Gotti.

ción de origen: v. g: en el Padre la naturaleza divina y la paternidad; por la naturaleza no se distinguen las personas, pues las tres tienen la misma; deben, pues, distinguirse por la relación de origen, esto es, la Paternidad, la Filiación y la procesión ó espiración pasiva. [1]

Mas esas procesiones entre las personas divinas, no son de una á la otra, como de causa, sino como de un puro principio de origen; pues cada una procede en el mismo sér con la persona de quien tiene origen; y así el sér que el Hijo recibe de su Padre es enteramente el mismo del Padre; y el que recibe de uno y otro, el Espíritu Santo, es el mismo de los dos: sér comunicado al Hijo por generación, y al Espíritu Santo por procesión; resultando de aquí que la persona que procede ve á aquella de la cual procede, no como su causa, la cual por sí misma no comunica al efecto su propio sér; mas lo produce diverso y dependiente; en tanto que la razón de puro principio sólo dice origen, con el cual puede subsistir la identidad de sér en el que da y en quien recibe. (2)

Quien entiende alguna cosa, concibe lo entendido, en su propia inteligencia, lo cual proviene de la misma fuerza intelectual y de su conocimiento; mas siendo Dios sobre todas las cosas, lo que hemos dicho, no pasa en su eterna y soberana perfección, de la misma manera que en las ínfimas criaturas, que son las corporales; sino según la semejanza de las que son supremas entre todas, las inteligentes, en las cuales, sin embargo, no en-

(1) Cerboni. (2) Id. Gotti.

contramos la exacta representacion de las cosas divinas; y por esto en Dios, la procesion no se verifica como en los cuerpos, por movimiento local, ó por medio de acciones que tengan un resultado exterior; sino en cuanto es una emanacion inteligente y perfectísima, de una palabra, tambien inteligente, que permanece en el mismo que la profiere; y con quien es una misma cosa. (1)

Dos, nada más, son las procesiones en Dios; lo cual se manifiesta atendido que no son sino dos las personas procedentes, el Hijo y el Espíritu Santo.

Consideramos las procesiones segun las acciones inmanentes y eternas que tienen en Dios; más en la naturaleza inteligente y divina, tales acciones, son entender y querer; y por esto, en Dios no puede haber sino la procesion del Verbo y del Amor; mas como el mismo Dios todo lo entiende y todo lo quiere con un solo acto, síguese de aquí que uno sólo es el Verbo perfecto, y uno nada más tambien en Dios, el perfecto Amor: y ámbas procesiones por el mismo hecho de no multiplicarse atendida su entera perfeccion, nos revelan la fecundidad tambien perfecta, de la naturaleza divina. [2]

Las divinas y adorables procesiones del Verbo de Dios y del Espíritu Santo, no tienen un mismo nombre, la primera se llama generacion; la segunda puede llamarse espiracion, [3] ó simplemente procesion. [4]

(1) D. Thom. 1. p. q. 27. a. 1. in corp. et. ad. Secundum. (2) Id. a. 5. in Corp. ad. tertium. (3) Id. 1. p. q. 27. a. 4. Tertium. (4) Processio amoris non habet, nomen proprium. Sed vocatur relatio principii hujus processionis spiratio: relatio autem procedentis processio. I. p. q. 28. a. 4. in corp. Gotti. hic.

Ocupémonos primeramente en la procesion del Divino Verbo. Ésta, en los libros santos, es llamada generacion: Tú eres mi Hijo, le dijo el Padre, Yo te engendré hoy. De mis entrañas te engendré. [1] El Padre ama al Hijo, se nos dice en el Evangelio. [2] Tenemos Padre é Hijo, y por lo mismo generacion.

Mas sólo á la procesion del Divino Verbo puede darse ese nombre, pues Él es llamado en las sagradas letras, el Hijo Unigénito que existe en el seno del Padre; (3) por lo cual ni el Espíritu Santo, ni otro alguno, fuera del mismo Hijo, puede llamarse engendrado. Por esto jamas el nombre de Hijo, ó de engendrado, se da sino al Verbo del Señor, (4) de quien confesamos, que es de solo el Padre, no hecho, ni criado, sino engendrado.

Llámase generacion, nos dice el Ángel de la Escuela, la procesion del Verbo, en cuanto á que procede por el entendimiento, el que, por su misma fuerza, produce semejanza, lo cual no sucede en la procesion del Espíritu Santo, que es por la voluntad, la cual por sí misma no exige esa semejanza con su principio. La voluntad, añade el mismo Doctor, se pone en acto, no porque se encuentre en ella alguna semejanza del objeto amado, sino por la inclinacion que le tiene. Y por lo mismo, lo que procede por modo de amor, no procede como engendrado, ó como hijo, sino más bien, como espíritu, con cuyo nombre se designa cierta mocion é impulso vital, pues el amor es el que mueve y nos impulsa para ejecutar alguna cosa.

(1) Ps. II. 7. CIX. 3. (2) Joann. V. 20. (3) Id. I. 18. (4) Billuart, Carboni.

Las personas no se distinguen realmente, de la naturaleza divina; por lo que no tenemos que buscar en esta misma, la razon propia de cada procesion, razon que distinga la una de la otra; y es, por tanto, indispensable recurrir al órden de ellas mismas, esto es á la razon de entendimiento y voluntad; y segun ese órden, tiene el nombre que les corresponde, generacion la del Verbo Divino, espiracion la del Espíritu Santo.

La semejanza de que hemos hablado, pertenece de un modo al Verbo, y de otro, al amor; al primero segun que Él mismo es la semejanza de lo entendido, como lo engendrado, de quien lo engendra. Y pertenece al segundo no porque el mismo amor sea semejanza, sino porque ella es el principio del Amor. Este, por lo mismo, no es engendrado; mas lo engendrado es su principio. (1)

La generacion del Hijo de Dios ¿quién la podrá explicar? [2] Antes, pues, de intentarlo, adoramos al Señor, confesando que no somos suficientes por nosotros mismos, no sólo para explicar tan profundo y divino misterio, que sobrepuja toda inteligencia criada; mas tambien para pensar dignamente acerca de esa inefable generacion; (3) y por esto no harémos otra cosa, sino referir las palabras de los libros santos, que pueden darnos alguna idea sobre el gran asunto en que nos ocupamos.

Un profeta saludaba en otro tiempo, á la pequeña Belen, anunciándole su más preciada gloria: Tú, Belen, decíale, ciertamente eres pequeña respecto de las prin-

(1) D. Thom. cit. a. 4. in Corp. et. Ad. prim. et. secundum. (2) Isa. LIII. 8. (3) II. Cor. III. 5.

cipales ciudades de Judá; mas puedes gloriarte sobre todas ellas, porque de ti vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad. (1)

La eternidad, hé allí lo que admiramos desde luego en la divina generacion del Hijo de Dios: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. (2) ¿Dónde estaban los siglos y el mundo, los nacientes astros que alababan á Dios; ó en fin, los ángeles, que con voces de júbilo cantaban su gloria? [3] Más allá de los tiempos, más allá de los siglos tambien, el Verbo de Dios, está con su Padre. ¿Cómo podemos concebir al Padre sin el Hijo? ¿no es el mismo Hijo el resplandor de su gloria? Y el Padre nunca estuvo sin gloria; y esa gloria no ha dejado jamas de brillar. [4]

La misma eternidad de la generacion divina, la vuelve para nosotros inefable; en efecto, ¿cuál es la idea que tenemos de la eternidad? La interminable posesion de la vida, cabal y perfecta, y que se goza al mismo tiempo, en toda su grandeza, sin estar dividida ni antes ni despues, sin sucesion alguna, sin haber para ella pasado, ni futuro; mas sólo el presente, que jamas se desvanece: Tú eres mi Hijo hoy te engendré. Esta admirable eternidad en la generacion del Verbo, nos revela toda su grandeza y esplendor; y asimismo, el poder y la sabiduría del Padre, porque Él ha dicho una palabra llena de vida, sustancial, hermosísima y á la que, ha revelado todos los tesoros de su ciencia; tan

(1) Mich. V. 2. (2) Joann. I. 1, 2. (3) Jo. XXXVIII. 7. (4) Heb. I. 3.

grande y llena de virtud y poderío, que es la única que el mismo Padre habló. Su inteligencia es infinita, y sin embargo, no podrá decir otra palabra que nos revele alguna cosa, que no haya dicho en su Divino Verbo; pues en Él, todo está dicho íntegra y perfectamente.

El mismo Verbo del Eterno es llamado la virtud de Dios, la sabiduría de Dios; y Dios jamás ha estado sin sabiduría ni sin poder.

Al reflexionar que el Verbo del Señor ha tenido la vida eterna, vida que su Padre le ha comunicado sin reserva, y en toda la plenitud de su grandeza, el corazón que le ama, lo bendice sin cesar, y palpita de contento pensando en la dicha que ha tenido siempre en el seno de su Padre; y adelantándose á todos los siglos, con el amor y el pensamiento, viénele á buscar en ese mismo seno.

Descansa el Padre en un reposo eterno que nadie jamás podrá turbar; ni el cielo, ni la tierra existen todavía, ni la luz ha recorrido por la vez primera, los inmensos espacios que tendrá que iluminar; mas otra luz existe que nunca ha sido criada, y de la cual está escrito: Dios es luz, y en Él no hay tinieblas ningunas. [1] Y escrito está: El Verbo era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. [2] Contemplemos, pues, un instante, esta purísima luz que sale de Dios eternamente, como una exhalación de su virtud, como una pura emanación de la gloria del Dios omnipotente, purísima y sin mancha; pues ella es el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su

(1) I. Joann. 1. (2) Joann. 1. 9.

bondad. Y con ser una sola lo puede todo; y siendo inmutable todo lo renueva y se derrama por todas las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios y profetas. Porque Dios ama solamente al que mora con ella, sabiduría eterna de Dios; la cual es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas; y si se compara con la luz, le hace muchas ventajas. (1)

¡Oh Padre santo! en Ti ciertamente, está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz: (2) y no sólo esto, si que también amaremos esta luz, esta admirable sabiduría, engendrada desde la eternidad en tu divino seno; y la buscaremos procurando tomarla por nuestra muy amada esposa; y su hermosura nos tendrá cautivos.

Esa luz, esa sabiduría de que hablamos, realza su nobleza con la estrecha unión que tiene con Dios; y el mismo Señor de todas las cosas la ama: siendo como es, la maestra de la ciencia de Dios y la directora de sus obras. Y si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, criadora de todas? Y si la industria es la que produce las obras, ¿quién mejor que la sabiduría mostró el arte en estas cosas existentes? y si alguno ama la justicia, debe saber que son fruto de los trabajos de la sabiduría, las grandes virtudes; por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, y la justicia, y la fortaleza, que son las cosas más útiles al hombre en esta vida. Y si alguno desea el mucho saber, ella es la que sabe todo

(1) Sap. VII. 25.-29. (2) Ps. XXXV. 10.

lo pasado, y forma juicio de lo futuro: conoce los artificios de los discursos, y las soluciones de los argumentos: adivina los prodigios y maravillas ántes que sucedan, y los acontecimientos de los tiempos y de los siglos. Sea, pues, esta divina sabiduría, nuestra muy amada y eterna compañera. Ella nos dará sus bienes y será nuestro consuelo en los cuidados y penas de la vida..... Entrando en casa, tendrémos en ella, blando y amorosísimo reposo: porque ni su conversacion tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino ántes bien consuelo y alegría. Y en la union con ella se halla la inmortalidad y un santo placer en su amistad, é inagotables tesoros en las obras de sus manos, y la prudencia en su trato, grande gloria en participar de sus razonamientos. (1)

Á más de la eternidad que admiramos en la generacion del Verbo del Señor, tenemos que contemplar otras maravillas no ménos santas y adorables; y son las siguientes.

El Padre engendra á su Verbo en Sí mismo, lo cual no sucede en la generacion humana, en la que necesariamente el hijo es engendrado fuera de su padre. Mas el Unigénito de Dios está en el seno del Padre, nos dice San Juan. (2) Y el mismo Verbo dícenos tambien: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí. (3) Y ved una fuente de gloria infinita para el Hijo de Dios: no es posible que el Padre lo engendre fuera de Sí mismo; el Padre es inmenso, infinito, y eterno; mas si fuera posible que Dios no lo engendrarse

(1) Sap. VIII, 2,-9,-16,-18. (2) I. 18. (3) Id. X. 38.

en su propio seno, tendríamos una contradiccion inexplicable: como Hijo de Dios sería dichosísimo; mas ¿qué gloria ó ventura, pudiera consigo llevar, si al ser engendrado tenia que apartarse de su eterno y divino principio? ¿ó acaso existe la gloria y la dicha, sino en Dios que es la única fuente de toda ventura?

El hijo en la generacion humana recibe una parte de la sustancia de su padre; esto no sucede en la divina, en la cual recibe el Verbo toda la sustancia de su Padre, pues la esencia de Dios es indivisible, y por lo mismo, ó ninguna parte, ó toda entera le tiene que ser comunicada por su mismo Padre.

La divina generacion es un acto eterno y perfecto que jamas tuvo principio ni ha pasado nunca. Hoy te engendré; esta es la divina palabra que pronuncia el Padre, llena de verdad y de virtud, y que nunca pasa. La palabra del Señor, decía Isaias, dura eternamente. (1)

Nada de esto puede hallarse en las generaciones humanas, de las cuales está escrito: Pasa una generacion, y llega otra. [2] Á la rapidez con que pasan por la tierra las generaciones de que hablamos, semejantes á las aguas que se deslizan y no vuelven atras, (3) tenemos que añadir su innumerable multitud; lo cual nos manifiesta que ni han agotado la fecundidad de su origen, ni llevan en sí mismas sino una parte de ella: todo esto nos revela imperfeccion y miseria. En Dios sólo hay un Hijo, perfecto, infinito, y consustancial á su Divino Padre: esa generacion no puede comunicarse á ningun otro, pues el mismo Verbo es el Unigénito del Pa-

(1) XL. 8. (2) Ecles. I. 4. (3) II. Reg. XIV. 14.